



2011: tiempo muerto, compás de espera

El Presidente se asemeja a esa figura del *lame duck* con que nuestros vecinos del norte califican a los jefes salientes; la carrera hacia la Presidencia ya comenzó y las prioridades no son las urgencias de la nación; el Congreso se acomoda para una renovación con la mirada puesta en las urnas más que en la promulgación de leyes; en fin, todos los reflectores se orientan al 2011

Los problemas de México han sido consignados una y otra vez, de manera tan machacona como inútil. El asunto es que llevamos décadas enteras empantanados en el mismo atolladero. Y es que la ideología, en estos pagos, sigue siendo materia de adoración, sustento de una extraña fe colectiva (apuntalada por los mitos de la "Revolución Mexicana") y, desde luego, fuente inextinguible de un discurso político que en estos temas no se renueva porque sus heraldos no pueden cometer pecado de apostasía. ¿Hemos acaso escuchado a algún líder que proponga, abiertamente, la participación de capitales privados en la industria petrolera nacional? ¿Hemos visto alguna intención seria de terminar con el corporativismo que nos legó el antiguo régimen? ¿Ha sido combatida de verdad la endémica corrupción del aparato público?

Podríamos seguir formulando interrogantes sobre los problemas que no han sido atendidos y denunciar, una vez más, el criminal inmovilismo de una clase política en cuya agenda, según parece, no figuran los intereses superiores de la nación. Y podríamos, sobre todo, dirigir un dedo acusador a un hombre, Vicente Fox, que desperdició tontamente la oportunidad histórica de cambiar de fondo a México, entretenido como estaba

en frivolidades, fanfarronadas, ocurrencias, dicharachos y asuntos familiares. El ex presidente nunca se enteró de la dimensión —ni del sentido— que tiene el Estado.

Pero todo esto ya ha sido dicho y redicho. Algunos colegas han acuñado inclusive la expresión "generación del no" para describir la impronta que nuestros responsables políticos dejarán en los registros de la historia. Sabemos todos que México vive en el estancamiento y la evidencia del espectacular progreso de otras naciones —Brasil, Chile, India o Perú, por no hablar de España y de Corea del Sur—, nos fustiga dolorosamente todos los días sin servir, curiosamente, de detonador o de revulsivo.

El paso del tiempo —consignado fatalmente por las fechas del calendario (ayer comenzó 2011 y seguimos, por ejemplo, sin implantar una verdadera reforma laboral y sin lograr cambios estructurales)— nos obliga, sin embargo, a hacernos las mismas interrogantes de siempre y a preguntarnos, de igual manera, si éste será también un año perdido. Pues bien, la respuesta es desalentadora y decepcionante: el presidente Calderón, en la recta final de su mandato, se asemeja crecientemente a esa figura del *lame duck* con que nuestros vecinos del norte suelen calificar a

los jefes salientes; la carrera hacia la presidencia de la República ya comenzó y las prioridades de los contendientes no son precisamente las urgencias de la nación; el Congreso, por su parte, se acomoda para una renovación total con la mirada puesta en las urnas más que en la promulgación de leyes necesariamente impopulares; en fin, no son tiempos de grandes aventuras ni de propuestas revolucionarias. No son circunstancias tampoco para hacer planteamientos trascendentes. Son momentos en que todos los reflectores se orientarán a una cita, la elección presidencial de 2012, que se anuncia desde ya como la madre de todas las batallas: vuelve al PRI, señoras y señores, luego de doce años de experimentos presuntamente fallidos aunque mucha gente no quiera recordar que las calamidades del ahora son apenas un pálido reflejo de las hecatombes del pasado: devaluaciones catastróficas, endeudamientos exorbitados, crisis económicas de manufactura local y efecto global, desplome del empleo, etcétera, etcétera.

Esto de vivir con la mirada puesta en una fecha tan particular del futuro es, sin duda, una tragedia menor del presente. Sacrificar las decisiones trascendentes en el altar de la politiquería —por más que el cambio, en ese porvenir que será administrado por quienes "sí saben gobernar", pueda ser



vagamente esperanzador— es una nefasta condena de inacción que, a estas alturas, en un mundo que se mueve aceleradamente y que compite sin piedad por los mercados, resulta tremendamente perjudicial para el país.

Más de lo mismo, pues. ¿Hasta cuando? ¿Hasta 2012? Demasiado tiempo. Demasiado desperdicio. ■■

revueltas@mac.com

Esto de vivir con la mirada puesta en una fecha tan particular del futuro es, sin duda, una tragedia menor del presente. Sacrificar las decisiones trascendentes en el altar de la politiquería es una nefasta condena de inacción que resulta tremendamente perjudicial para el país



RENÉ SOTO/ARCHIVO